perdonamos rincón ni descansamos un momento. Durante diez horas me cayó el agua encima. Temblaba como un azogado. ¡Maldita calle! ¡Maldita libertad! ¡Qué de menos echaba mi prisión!

Al amanecer, el gato padre, viendo que vacilaba:

—¡Tienes ya bastante? - me preguntó con aire extraño.

- -¡Oh si! le contesté.
- -¿Quieres volver á tu casa?
- -Ya lo creo; pero ¿cómo encontrarla?
- —Ven; esta mañana, al verte, comprendí que un gato tan gordo como tú no había nacido para las ásperas alegrías de la libertad. Conozco tu casa. Te voy á dejar á la puerta.

Aquel digno gato decía esto sencillamente. Cuando hubimos llegado:

—Adiós,—exclamó, sin demostrar la menor emoción.

—No (grité); no nos separaremos así. Vente conmigo. Partiremos el lecho y la carne. Mi ama es una mujer excelente....

No me dejó concluir.

—¿Quieres callarte? (me interrumpio bruscamente) Eres un tonto. Me moriría en medio de tanta moiicle. Tu vida de satisfacciones es buena para los gatos bastardos. Los gatos libres no trocarán nunca su libertad por tus bofes y tu colchón de plumas. Adiós.

Salióse al tejado. Vi su alta y flaca silueta ex-

tremecerse de gusto à las caricias del sol naciente.

Cuando entré en casa, su tía de V. cogió las disciplinas y me administró una corrección que recibicon alegría profunda, gustando ampliamente la voluptuosidad de tener calor y de ser golpeado. Pensaba en la buena ración de carne que en seguida iban á darme.

VI.

—Ya lo ve Ud. (concluyó mi gato, esperezándose delante de las brasas); la verdadera dicha, el paraíso consiste en vivir encerrado, en recibir golpes, en una casa bien provista.

Hablo por cuenta de los gatos.

LILIA

I.

Vienes de los campos, Ninon; de los verdaderos campos, saturados de acres aromas, rodeados de anchos horizontes. No eres bastante tonta para ir á encerrarte en un casino, á la orilla de alguna playa á la moda. Vas adonde no va la multitud. buscas un agujero formado por el follaje, en plena Borgoña. Tu

retiro es una casa blanca, oculta como un nido en medio de los árboles. Pasas en ella tus primaveras, saludables como el aire libre. Así, cuando vuelves por algunos días, tus buenas amigas se asombran de tus mejillas, tan frescas como tus espinos blancos, de tus labios, tan rojos como las rosas silvestres.

Pero tu boca sabe á azúcar, y juraría que acabas de comer cerezas. No eres una miedosilla que temas á las avispas y á las zarzas.

Desafías atrevidamente al sol, sabiendo que tu cuello curtido tiene la transparencia del ámbar fino. Y recorres los campos con tu traje de lino, bajo tu ancho sombrero, como una campesina amiga de la tierra. Cortas la fruta con tus pequeñas tijeras de bordadora; tu colecta es mezquina, ciertamente; pero trabajas á conciencia, y regresas á casa, orgullosa de los rasguños rojizos que los cardos dejaron en tus manos blancas. ¿En qué te entretendrás el próximo Diciembre? En nada. Te aburrirás, ¿no es verdad? No eres una mujer de mundo ¿Recuerdas el baile á que una noche te llevé? Ibas con los hombros desnudos: tiritabas en el coche. En el baile, en cambio la atmésfera era asfixiante; las arañas despedían torrentes de fuego. Te hundiste cuerdamente en tu sillón, disimulando ligeros bostezos detrás de tu abanico. jAh, qué fastidio! Cuando volvíamos á casa, murmuraste, enseñándome tu ramillete marchito:

-Mira estas pobres flores. Moriría, como ellas, si

tuviera que vivir en aquel aire abrasado. Mi querida primavera, ¿donde estás?

-No iremos más al baile, Ninon. Nos quedaremos en casa, al lado de la chimenea. Nos amaremos, y. cuando nos cansemos, seguiremos amándonos todavía.

Me acuerdo de tu exclamación del otro día:—
«¡En verdad que es ociosa la vida de la mujer!» He pensado en esto hasta hoy mismo. El hombre ha tomado para sí todo el trabajo, dejando á la mujer las imaginaciones peligrosas. ¿En qué pensar mientras se está bordando una y otra hora? Se construyen castillos en el aire donde el alma se adormece, como la Bella durmiente del bosque; se esperan los besos del primer caballero que pase por el camino.

—Mi padre (me has dicho con frecuencia) era un hombre excelente, que nunca se separó de mi lado. Yo no he aprendido el mal en la e-cuela de esas deliciosas muñecas que ocultan en el colegio las cartas de sus primos en los libros de misa. Nunca he confundido al buen Dios con el coco con que asustan á los niños, y confleso que he temido siempre más disgustar á mi padre que ir á cocerme en las marmitas del diablo. Debo decir también que sé saludar naturalmente, sin que me hayan enseñado el arte de las reverencias. Mi maestro de baile tampoco me ha acostumbrado á bajar los ojos, á sonreir, á mentir con el rostro; mi ignorancia es crasa en punto á esos den-

gues de las coquetas, que constituyen la mejor parte de la educación de una joven bien educada. He crecido libremente, como planta vigorosa. Por eso me ahogo en la atmósfera de París.

II.

Ultimamente, en una de esas hermosas tardes que la primavera tanto nos regatea, me senté en las Tullerías, á la fresca sombra de los frondosos castaños. El jardín estaba casi vacío. Algunas señoras bordaban, formando pequeños grupos, al pie de los árboles. Jugaban los niños, interrumpiendo con sus risas agudas el sordo murmullo de las calles inmediatas.

Mis miradas acabaron por detenerse en una niña de seis á siete años, cuya joven madre conversaba con una amiga, á algunos pasos de mí. Era una niña rubia, poco más alta que mi bota, y afectaba ya el aire de una señorita. Llevaba une de esos lindos trajes con que sólo las parisienaes saben vestir á sus bebés: basquiña de seda color rosa, abofada, que de jaba ver las piernas cubiertas con medias de color gris perla: un jubón escotado, adornado con encajes, gorro con pluma blanca, pendientes, collar y brazalete de coral. Se parecía á su mamá con algo más de coquetería.

Se había apoderado de la sombrilla de aquélla, y

se paseaba gravemente con la sombrilla abierta, aunque no se deslizaba por entre las hojas de los árboles el menor rayo de sol. Estudiaba la manera de andar ligeramente, deslizándose casi, como había visto que lo hacían las personas mayores. No creía que la observaban. Repetía su papel como una cómica; ensayaba actitudes, muecas graciosas, movimientos de cabeza, miradas, sonrisas. Al dar frente al tronco de un viejo castaño, hizo seriamente media docena de profundas reverencias.

Era toda una mujer en pequeño. Quedé realmente consternado ante su aplomo y su ciencia. No tenía aún siete años, y sabía ya su oficio de coqueta. Sólo en Paris se encuentran niñas tan precoces, que bailan perfectamente antes de conocer las letras. Me acordé de los niños de provincias. Son toscos y torpes; se revuelcan como animales en el suelo. No estropearía así Lilia su bonito traje. Prefiere no jugar; derecha como un huso dentro de sus enaguas almidonadas, pone su alegría en que la miren, en oir que dicen: «¡Ah, qué niña tan encantadora!»

Lilia seguía saludando al tronco del viejo castaño. De pronto la vi enderezarse bruscamente y ponerse en guardia, con la sombrilla inclinada, la sonrisa en los labios y el aire placentero. Comprendí en seguida. Otra niña, morena, vestida de verde, venía por la alameda del centro. Era una amiga; había que recibirla con todas las reglas del buen tono.

UNIVERSIDAD DE NUCYO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITATIA
FIALFONSO REYES!
APRO-1025 MONTERREY, MEXICO

Las dos muñecas se tocaron ligeramente las manos, haciendo los visajes de costumbre entre mujeres de la misma clase. Fingían esa sonrisa de satisfacción que es de buen gusto en semejantes circunstancias; cuando hubieron acabado sus cumplimientos, se pusieron á pasear, la una al lado de la otra, conversando con voz meliflua. En todo se pensó menos en jugar.

-Lleva V. una túnica muy bonita.

-Esos adornos son género valenciennes, ¿no es cierto?

—Mamá ha estado indispuesta hoy por la mañana. Temí no poder venir, como le había prometido á Ud.

-¿Ha visto Ud. á la coquetuela de Teresa? Tiene un trousseau magnifico.

-¿Es de V. esa sombrilla? Es preciosa.

Lilia se sonrió. Jugueteaba con la sombrilla de su madre, comprendiendo la superioridad que esto le daba sobre su amiga, que no tenía sombrilla.

Aquella pregunta la puso en duro aprieto. Comprendió que estaba vencida si decía la verdad.

—Sí (respondió con gracia): papá me la ha regalado.

Era el colmo. Sabía mentir, como sabía ser agradable. Podía creer que poseía á fondo la ciencia de una mujer bonita. Con tal educación, ¿cómo es posible que los maridos duerman tranquilos?

En este instante pasó un muchachillo de ocho años,

tirando de un carretoncillo cargado de guijarros, y lanzaba ¡hués! terribles. Se imaginaba que era un carretero. Jugaba con sus cinco sentidos.

Al pasar, faltó poco para que atropellase á Lilia; —¡Qué brutales son los hombres! (dijo ésta con desdén.) Vea V. que despechugado va ese niño.

Las dos se sonrieron despreciativamente. El niño, en efecto, debía parecerles muy inocente al hacer así de caballo. Si dentro de quince ó veinte años alguna se casa con él, lo tratará siempre con la superioridad de una mujer que á los siete años sabía manejar la sombrilla cuando él sólo pensaba en romper sus pantalones.

Lilia había echado á andar de nuevo, después de arreglar cuidadesamente los pliegues de su vestido.

—Mire V. (prosiguió) aquella zagalona con traje blanco, que se aburre allá bajo, completamente sola. La otra tarde me preguntó si quería que me la pres entasen. Figúrese Ud., querída mía, que es hija de un pobre empleado. Naturalmente, me negué. No debe una comprometerse,

Lilia afectaba el aire de una princesa ofendida. No había duda; su amiga estaba vencida: no tenía sombrilla, nadie solicitaba ser presentada á ella, que palidecía como mujer que asiste al triunfo de una rival. Había pasado el brazo por el talle de Lilia, á ver si conseguía ajarle el traje por detrás, sin que ella lo advirtiese; y mientras anto, se sonreía con ama-

bilidad, mostrando sus dientecitos prontos á morder.

Cuando se alejaban de sus madres, se fijaron en que yo las observaba. Desde entonces, ¡cuánto dengue, cuánto melindre! No perdonaban ninguna de esas coqueterías de señoritas que quieren llamar la atención sobre sí y retenerla. Había allí un caballero que las miraba. ¡Ah! ¡Hijas de Eva! El diablo os tienta en la cuna.

Después soltaron una carcajada. Algún detalle de mi traje debía sorprenderlas, parecerle muy cómico: sin duda mi sombrero, de forma algo anticuada. Se burlaban de mí, poniéndose las manos en los labios, conteniendo sus risitas, como hacen las damas en los salones. Acabé por avergonzarme, por ruborizarme, por no saber qué hacer de mi persona. Al fin, huí, abandonando el campo á aquellas dos muñecas, que tenían las burlas y las miradas extrañas de verdaderas mujeres.

III

¡Ah, Ninon, Ninon! Llévate á esas señcritas al campo, vístelas de lino grís, y déjalas que se revuelquen en las charcas donde se chapuzan los patos. Volverán torpes como gansos, sanas y vigorosas como arbustos jóvenes. Cuando las desposemos, les enseñaremos á que nos amen. Es lo único que tienen que saber.

LA LEYENDA

DEL «CAPITA AZUL» DEL AMOR.

I

Nació la hermosa niña de cabellos rojos en una mañana de Diciembre, cuando la nieve caía lenta y virginal. Hubo en el aire señales ciertas que anunciaron la misión de amor que venía á cumplir: brilló el sol, irisando la blanca nieve; aspiróse en el ambiente el aroma de las lilas, y resonó el canto de los pájaros como en plena primavera.

Vió el día en el fondo de un chiribitil, por humildad sin dada, para mostrar que sólo deseaba las riquezas del corazón. Tuvo por familia á la humanidad entera: sus brazos eran bastante largos para estrechar al mundo.

Llegada la edad del amor, abandonó la sombra donde se recogía, y echó á andar por los caminos, buscando hambrientos, á quienes dejaba ahitos con sus miradas.

Era una niña alta y fuerte, de ojos negros, de boca bermeja. Su carne de una palidez mate y cubierta de ligero vello, semejaba blanco terciopelo. Al andar, balanceaba su cuerpo con blando ritmo.